

JOAQUÍN FERNANDOIS, *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005, 638 pp.

No resulta sencillo adentrarse en esta obra: aborda el largo siglo XX de Chile, buceando en su historia, navegando entre sus vinculaciones con el mundo y el desenvolvimiento de su política nacional. Su lectura se presenta así con la misma complejidad que abarca a la vida de las personas, sin simplificaciones ni parcelaciones. El relato reduccionista se deja de lado y se va por una visión totalizadora de la Historia. Se requiere para ello erudición, método, abstracción, experiencia y oficio. Joaquín Fernandois, como historiador, tiene todas esas condiciones y las emplea en éste, su último libro, para tratar de dilucidar las paradojas, las tradiciones y las utopías que componen los escenarios del devenir más contemporáneo de Chile, en su dual condición de nación aislada y vinculada a la vez con el mundo. Apela para ello al razonamiento y a la investigación historiográfica tanto como a la reflexión ensayística, sin rehuir a los cabildeos de las interpretaciones políticas, resumiendo propio conocimiento de vida y de profesión, a modo de un observador-participante.

Advierte el autor en su prólogo haber compuesto el libro bajo la perspectiva de la “historia internacional”, género que en las últimas décadas del cono sur americano nos ha entregado no pocas contribuciones al mejor conocimiento de las historias de la región, de sus relaciones entre sí, con los países hegemónicos y aun con nuevos actores internaciones. Procura aclarar aún más al señalar que su estudio es identificable entre lo que los especialistas han dado en llamar “relaciones internacionales”, “planetarización” o más modernamente, “globalización”, aunque prefiera la expresión “política mundial”. “Consiste en que un tema de identificación, que quiere plasmar sus ideas y sentimientos en la realidad social, se enseñorea de una de las sociedades que hacen de modelo o paradigma, o de un grupo de ellas, y rápidamente se convierte en propósito de identificación, en ‘tema’ de casi todo el mundo, de gran parte del globo”, define Fernandois. Desfilan así por sus páginas la múltiple y dinámica interacción entre la política interna y fenómenos mundiales –o que adquieren dimensión de tales– de guerra y paz, de desarrollo, estabilización y crisis económicas, migraciones, fronteras, comunismo y anticomunismo, democracias y dictaduras, por ejemplo. Todo tiene que ver, y allí donde está la mayor virtud de la obra se encuentra también la más desafiante dificultad. Hay que saber mucho para acompañar la impecable narración que propone Joaquín Fernandois, para responder a sus constantes preguntas, para situarse frente a sus observaciones, para seguir sus análisis. Ciertamente es que la sensatez de sus planteos, su afán didáctico para presentar la información, el dominio de otros

tiempos y otros protagonistas chilenos para enriquecer con la comparación y hasta incluso la indudable gracia con que se pintan retratos realmente singulares de tipologías y épocas, en donde pocos personajes o grupos chilenos, e incluso muchos internacionales, se salva de ser adjetivado, recuperando mote y apodos, en ocasiones agudísimos (el caballo Carlos Ibáñez, el paleta Jorge Alessandri, el *dilettante* de las revoluciones Régis Debray, Augusto el supremo, y tantos más), complacerán a lectores exigentes. En la sólida edición de la Universidad Católica de Chile se echará incluso en falta –por que nos deja con incógnitas, más allá de la humana o técnica errata– las casi últimas cincuenta citas extraviadas del capítulo V.

Por los dieciséis capítulos que contiene *Mundo y fin de mundo...* transitan las cuestiones claves que han conformado la identidad chilena del siglo XX, desde las difíciles relaciones con Bolivia y Perú, con límites establecidos como consecuencia del triunfo decimonónico en la Guerra del Pacífico pero cuyas disputas han fijado con esos vecinos mitos nacionales que hasta hoy, con mayor o menor fuerza, condicionan los vínculos entre Estados y pueblos, hasta la relación amor-odio con la Argentina –que fuerza es decirlo, se convierte en una protagonista importante de la obra de Fermandois–, de la que con convicción se analizan distintas instancias de enfrentamientos y concordias, incluso el espinoso tema del respaldo del régimen de Pinochet a la Gran Bretaña durante la guerra de Malvinas, instalándose no sólo en el contexto de las previas amenazas contra Chile del presidente-general Leopoldo Galtieri, sino retrotrayéndose a similares ofertas de apoyo a un “enemigo de su enemigo” que en 1891 hiciera el canciller argentino Estanislao Zeballos.

Sin el aporte de una masiva inmigración que explique idiosincrasias y señas, pero a la vez abierto a la influencia de población foránea, el ser chileno se fue conformando de una peculiar manera, que es capaz de explicar el “quién es quién”, y más aún quiénes son “los que mandan”, políticos, diplomáticos, hombres de armas. No está, por lo tanto, ausente de las páginas del trabajo la contribución económica, cultural y militar de ingleses, franceses y alemanes a la sociedad chilena, así como la incidencia y las razones de arribos de pequeños pero señalados grupos de inmigrantes, como judíos y republicanos españoles.

Si quienes siguen la fecunda producción historiográfica de Joaquín Fermandois, catedrático y académico, reconocen en el texto la procedencia de anteriores contribuciones suyas, por ejemplo sobre la industria del cobre chileno, sobre las relaciones con EE.UU., o sobre la política exterior de Salvador Allende, que el autor con puntualidad señala, se agradece su recuperación para esta exposición y la constante reevaluación en la confrontación con una bi-

biografía amplísima. No por ello cada capítulo deja de constituir un universo abordable tanto en sí mismo como en su inclusión en el conjunto. Así, el que trata los años de la Segunda Guerra Mundial aborda tanto las gestiones y los perfiles de los presidentes Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos y sus funcionarios, el accionar de los partidos políticos, las relaciones con la Alemania nazi, EE.UU. o la Argentina, la “cuestión judía”, como las pugnas ideológicas del momento, sus lenguajes y las implicancias militares. O el texto original que constituye el acápite que indaga en las ideas de sí mismos que entre 1920 y 1960 portaban los chilenos: la autocrítica, el excepcionalismo, la participación en “los debates y las identificaciones mundiales”, el lenguaje militar y el de su Iglesia Católica. El desenvolvimiento material chileno hay que seguirlo a través de análisis minuciosos por todo el libro, con sus eras de economías de monoexportación de salitre y de cobre, las inversiones extranjeras, las planificaciones y los subsidios, los programas, las transformaciones de los '80, la adhesión al libre comercio y las relaciones con los acuerdos de integración regional, en particular el Mercosur.

La historia de las últimas décadas de la historia chilena es tratada con detenimiento, desde los años pinochetistas hasta del gobierno del socialista Ricardo Lagos. Constituye, como todas las reconstrucciones más contemporáneas, una historia vigilada a la que los investigadores se lanzan bajo la mirada cuestionadora de los recuerdos y las vivencias de las generaciones que fueron protagonistas y que aún están aquí para dar su testimonio y su interpretación. De allí su dificultad para abordarla. Fermandois no la elude, sino que intenta explicarla, la desmenuza en sus planos internos y externos y en esa misma articulación inescindible, la compara con experiencias parangonables, la teoriza —con sus caracterizaciones de utopía para el gobierno de la Unidad Popular o anti-utopía para la dictadura, de modelo y antimodelo—. En particular estas páginas podrán refutarse, ampliarse, estar de acuerdo o disentir con ellas, pero sin duda que serán en adelante una fuente bibliográfica básica para analizar el pasado chileno. Así lo entiende el autor de *Mundo y fin de mundo...*: “Se entiende que no existe un solo relato acerca de la historia de Chile, y que varios de ellos son necesarios para crear un punto de referencia. Si chilenas y chilenos son incapaces de expresar el relato, que vincule emociones con la expresión más o menos razonada de su historia, reciente o remota, se hallará un síntoma de deterioro en la relación entre Chile y el mundo”.